

Gordillo, Gastón, "Los árboles de La Argentina Blanca", *Indymedia Argentina*, Argentina, 26 de febrero de 2013.

Consultado en:

<http://argentina.indymedia.org/news/2013/02/832140.php>

Fecha de consulta: 25/07/2013.

En la década kirchnerista se ha consumado la mayor devastación de árboles de la historia argentina. Sólo en el año 2012, más de cuarenta millones de árboles han sido destrozados por topadoras y sus restos quemados para crear campos de soja con el apoyo entusiasta del gobierno nacional y los sectores más conservadores de la oposición anti-K. Esta hecatombe se suma a los restos de cientos de millones de árboles carbonizados en años previos. En el Chaco salteño, en el norte de Santiago del Estero y en las tierras bajas de Jujuy he visto cómo opera la destrucción del espacio de los agronegocios: mandando topadoras y matones con la actitud que Hollywood presenta como ficción en la película Avatar, donde topadoras destruyen árboles gigantes y remueven a sus habitantes originarios por ser obstáculos para el maximización del lucro.



[01desmonte.jpg, image/jpeg, 709x472](#)

A pesar de ser la responsable política de no poner coto a la inmolación de millones de árboles, Cristina Kirchner declamó hace poco, con tono épico, que “no vamos a tirar un

sólo árbol”. Y agregó: “Los árboles no se tocan, son sagrados”. Los árboles sólo podrán ser cortados “sobre mi cadáver”, remató, en la afirmación más surrealista que la presidenta haya hecho en todo su mandato. Después de todo, Cristina ha sido todo este tiempo la conductora de una topadora gigantesca que arrasa con multitudes de árboles, de esas cuya inmólación deja columnas de fuego y humo que se pierden en el horizonte. También fue surrealista el ensayo que Ricardo Foster, filósofo oficialista y miembro activo de Carta Abierta, escribió en estos días en Página/12 dónde declamó su "amor" incondicional por los árboles por su "bondad y lealtad" así como su "odio" hacia quienes los destruyen. Foster agregó: "Siento en ellos cómo brota lo esencial, lo que perdura, aquello que sortea la frivolidad de los portadores de falsa eternidad".

La repentina pasión por los árboles expresada por Cristina y su vocero filosófico, claro está, fue generada por una coyuntura política particular: las protestas que generó en Buenos Aires la tala de algo más de cien árboles en la ciudad por parte de líder máximo del anti-kirchnerismo nacional, Mauricio Macri. Pero lo que define a estas intervenciones en contra de la destrucción de los árboles no es tanto su obvio oportunismo sino la forma en que su notable selectividad por defender ciertos árboles, y no otros, expresa una geografía afectiva particular, definitoria de lo que propongo llamar La Argentina Blanca. Esta es una categoría compleja, elusiva, que es importante analizar justamente porque la blanquitud es uno de los grandes temas tabúes en las narrativas dominantes nacionales (y siempre negado con el argumento de que “acá no hay problemas de racismo”, como repiten voceros de La Argentina Blanca como Marcos Aguinis). Valga simplemente aclarar que no concibo a La Argentina Blanca como un objeto acotado reducible a la gente argentina que es “blanca” o descendiente de europeos. De la misma manera que hay argentinos rubios y de ojos celestes como Osvaldo Bayer que siempre han luchado contra La Argentina Blanca, hay argentinos con sangre indígena como el ex-gobernador de Salta Juan Carlos Romero que siempre han sido sus grandes defensores. La Argentina Blanca es un proyecto político-espacial que ha sido definitorio de la historia nacional: el intento de hacer del país un espacio blanco y libre de indios-mestizos-negros, o por lo menos un espacio donde no se note demasiado que la mayoría de la nación es morocha. Este es un proyecto utópico y acosado por el vértigo que le genera la imposibilidad de su realización ante la realidad de las multitudes con rasgos

indígenas (“esos negros de mierda”), pero que ha definido a las elites nacionales desde las masacres de gauchos lideradas por Sarmiento en Cuyo y las masacres de indios lideradas por Roca y Victorica en Pampa-Patagonia y el Gran Chaco hace ya más de un siglo.

La gran paradoja es que el kirchnerismo, montado en el contra-poder popular constituido por la insurrección de 2001, ha sido el primer proyecto político desde Perón que le disputa poder, de igual a igual, al ala más reaccionaria y racista de La Argentina Blanca. De allí el profundo odio que el núcleo duro de La Argentina Blanca expresa por el “populismo zurdo” de La Yegua y por esos "negros de mierda" que la votan "por un plan y zapatillas". Pero aliándose con lo peor de los feudalismos provinciales, el kirchnerismo ha agudizado al mismo tiempo la maquinaria destructiva con la que La Argentina Blanca (la misma que lideró las protestas “del campo”) está arrasando con espacios mestizos-criollos-indígenas en zonas rurales. El que Cristina y Foster clamen contra la destrucción de árboles como si millones de árboles nunca hubieran sido destruidos por el modelo sojero que ambos promueven confirma algo importante, y que el ala izquierda del kirchnerismo (o lo que queda de ella) sólo puede seguir tolerando a su propio riesgo. Lo que el silenciamiento de la incineración de los árboles del norte hace transparente es cómo el gobierno ha abrazado como propio, con su retórica progre y sus planes sociales financiados con el saqueo rural, el proyecto espacial de La Argentina Blanca: la devastación de los espacios rurales que no cuentan justamente por ser esos lugares bien morochos que alimentan, como hace un siglo, formas aceleradas de despojo capitalista.

Hurgando más en las recientes declaraciones a favor de los árboles, Foster aclara que su “elogio y defensa” está espacialmente delimitado a “los árboles de Buenos Aires”: esto es, los árboles de La Argentina Blanca. Macri, desde ya, cultiva la misma geografía afectiva con la misma selectividad. El líder del PRO, puesto contra las cuerdas por meter motosierras en plena Avenida 9 de Julio, replicó que el gobierno nacional había destruido más árboles que él. Los árboles se volvieron, de repente, armas políticas. Pero siendo la Gran Esperanza Blanca de la vieja guardia de La Argentina Blanca, claro está que Macri no se refería a esos millones de árboles devastados en tierras mestizas cuya destrucción él también apoya con entusiasmo (después de todo, el delfín del PRO en Salta es el “Rey de la

Soja” Alfredo Olmedo, destructor de cientos de miles de hectáreas de árboles y feroz expropiador de tierras criollas e indígenas). Al igual que los árboles de Foster y Cristina, los ejemplares vegetales cuya destrucción Macri denunció están en la gran urbe de La Argentina Blanca: los que, según él, tiró abajo el gobierno nacional para hacer la exposición de Tecnópolis. Abanderada de una nueva causa, Cristina respondió con un gran despliegue, mostrando fotos satelitales del predio de Tecnópolis que “demostraban” que la destrucción de árboles no había tenido lugar. Estos cruces verbales en defensa de los árboles marcados por una mirada tan sesgada en su espacialidad muestran que Macri, Cristina y Foster comparten el mismo paradigma espacial y afectivo de una nación que está tan racializada que ni los árboles escapan a la obsesión no del todo conciente de hacer invisibles a los espacios indios-mestizos, como espacios que cuentan menos que otros. Dime qué tipos de árboles te preocupan y cuáles ignoras y te diré quién eres.

Pero Cristina agregó un detalle no menor sobre cuáles son las geografías del país donde los árboles sí tienen valor. Cuando dijo que los árboles son “sagrados”, aclaró “por lo menos aquí en El Calafate”. La Patagonia ha sido un espacio neurálgico en el proyecto de blanquear el espacio de la nación. Las elites nacionales siempre han hecho grandes esfuerzos por europeizar la Patagonia y hacerla parecer física y arquitectónicamente a los Alpes suizos o alemanes, como lo demuestra cualquier visita al centro de Bariloche, donde la estatua de Roca está rodeada de una arquitectura que remite a los Alpes. Y ello ha significado presentar a la numerosa población mapuche de la región como “extranjeros chilenos”, como lo hace regularmente en La Nación Rolando Hanglin, uno de los voceros más desinhibidos del racismo de La Argentina Blanca. La inclusión de Cristina de los árboles patagónicos como aquellos a los que sólo se podría talar “sobre mi cadáver” confirma cuál es el tipo de árboles argentinos que ella “nunca” destruirá.

Los centenares de millones de árboles argentinos que han sido destruidos y siguen siendo incinerados y devorados por el “boom sojero”, claro está, no están en Buenos Aires o en la Patagonia sino en los espacios más mestizos e indígenas del territorio argentino: Santiago del Estero, Salta, Chaco, Formosa, reductos de las poblaciones rurales que descienden de aquellas personas que ocupaban el país antes de que llegaran los barcos huyendo de la

miseria de Europa. En la escala de valores de La Argentina Blanca, en estos lugares de calor y pieles oscuras el valor degradado de sus árboles es equivalente al valor degradado de sus gentes. Esos son árboles y personas que, como diría Jacques Ranciere, no cuentan: un conglomerado de maderas de algarrobos, quebrachos, palos borrachos y de carne de hombres y mujeres wichí, criollos, tobas que conviven bajo una misma geografía desgarrada. Este amalgama humano-vegetal siempre ha sido mirado con desprecio y de reojo desde Buenos Aires, Rosario o El Calafate como esa zona exótica, extraña, distante, no-blanca de la Argentina.

Mientras en los centros de poder se cantan loas contra la destrucción de los árboles, todos los días miles de árboles en Santiago del Estero o Salta caen bajo las topadoras de quienes promulgan, como diría Foster, "la frivolidad de los portadores de falsa eternidad". Si estos árboles despojados de valor, nobleza y bondad sobrevivirán en el futuro, en espacios cada vez más reducidos, no será por la sensibilidad de las elites urbanas sino porque la gente que vive a su alrededor le pone el cuerpo, desde hace años y con crecientes formas de organización y solidaridad, a las topadoras y a los matones que los acechan. Y ellos saben mejor que nadie de qué lado está Cristina: defendiendo en público a los gobernadores de las provincias donde campesinos e indígenas son asesinados cada vez con mayor frecuencia. Como si estuviéramos en esa Argentina de hace un siglo donde --como escribió Sarmiento-- la sangre de gauchos e indios era desechable: esa época dorada de "granero del mundo" a la que La Argentina Blanca, esta vez de la mano de la soja, siempre sueña con volver.

[spaceandpolitics.blogspot.ca/2013/02/los-arboles-de-la-argentina-blanca.html](http://spaceandpolitics.blogspot.ca/2013/02/los-arboles-de-la-argentina-blanca.html)

[agrega un comentario](#)

2

Por Fuente: Gastón Gordillo - Tuesday, Feb. 26, 2013 at 4:28 PM



[02salta.jpg, image/jpeg, 1024x768](#)

[agrega un comentario](#)

3

Por Fuente: Gastón Gordillo - Tuesday, Feb. 26, 2013 at 4:28 PM



[03greenpeace\\_desmoente\\_salta\\_1.jpg\\_722325795.jpg, image/jpeg, 468x312](#)

[agrega un comentario](#)

4

Por Fuente: Gastón Gordillo - Tuesday, Feb. 26, 2013 at 4:28 PM



04arboles.jpg, image/jpeg, 599x500

[agrega un comentario](#)

5

Por Fuente: Gastón Gordillo - Tuesday, Feb. 26, 2013 at 4:28 PM



05hecha-la-ley-hecho-el-desmonte4.jpg, image/jpeg, 232x287

[agrega un comentario](#)

6

Por Fuente: Gastón Gordillo - Tuesday, Feb. 26, 2013 at 4:28 PM



06felix\_diaz.jpg, image/jpeg, 640x432

[agrega un comentario](#)

7

Por Fuente: Gastón Gordillo - Tuesday, Feb. 26, 2013 at 4:28 PM



[0725576e\\_desmontes-campo-arrasado-por-el-fuego-gral-pizarro-salta.jpg, image/jpeg,](#)

[854x243](#)